

El cuerpo roto

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Ana María Shua, *El cuerpo roto*
Primera edición: noviembre de 2025

ISBN: 978-84-8393-375-6
Depósito legal: M-18778-2025
IBIC: FYB

© Ana María Shua, 2025
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2025

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Ana María Shua

El cuerpo roto



ÍNDICE

Un canto a la vida	9
Rita y el doctor	29
Casi una crónica	49
Técnicas modernas	63
Como el mar	79
Cuidar un gato.	95
Los Gaspáridos	113
Gaviotas en el bosque	125
Amim o la caída	135
Unos días en la playa	147
Selva y el Diablo.	159
Después de la muerte	171

UN CANTO A LA VIDA

EMPEZÓ A FINES DEL AÑO 2000. Era un dolor raro: la cadera no me molestaba al caminar, sino en reposo. Al principio fue solo una sensación de incomodidad después de estar un rato sentada. Bastaba pararme unos segundos para librarme de ella. Una noche me desperté con una pierna fuera de la cama, buscando una posición de alivio. Es el primer recuerdo de un dolor un poco más preocupante. Un ibuprofeno o un paracetamol bastaban para calmarlo. Cuando me di cuenta de que había empezado a tomar analgésicos todas las noches, decidí consultar al traumatólogo. Entretanto, seguía con mi vida normal, con mis caminatas enérgicas como siempre, sin dificultades

El traumatólogo me pidió radiografías que miró con interés, como para corroborar una sospecha. Después me habló mucho sobre la columna vertebral del Homo Sapiens, creada por la naturaleza para servir a un cazador-recolector y traicionada por la vida sedentaria. Me dolía la cadera, no

la columna, pero lo diagnosticó como un dolor reflejo. En una excelente reproducción de tamaño natural, me mostró los espacios entre las vértebras que deben atravesar los grandes nervios después de salir de la médula espinal. Esos espacios, me explicó, se achicaban con los años y la falta de movimiento. Me dio un cuadernillo de ejercicios que debía realizar varias veces por día y me aconsejó reducir la dosis de analgésicos, que todavía no era alta. Solo los necesitaba de noche. Durante el día el movimiento evitaba el dolor, que se había vuelto sordo y constante en cualquier posición de reposo, aunque no muy intenso todavía.

Mi única hermana, que vive en un suburbio de Chicago, invitó a toda la familia a entrar en el año 2001 desde su casa. Allá fuimos. Mamá me miraba con desconfianza mientras hacía mis ejercicios cuatro veces por día. Preguntaba por una mejoría que no se producía. Mi marido empezaba a preocuparse. Para nosotros el frío de enero en Chicago era asombroso. Caminábamos con dificultad, nos hundíamos en la nieve. El dolor seguía y aparecía siempre en reposo, cada vez un poco más.

Apenas volví a Buenos Aires fui a ver a mi clínico. Me prescribió una inyección de corticoide para controlar el dolor, ya bastante molesto, y me pidió una serie de estudios. Se demostró que el nervio comprometido era el crural. Me gusta aprender palabras nuevas. Cruralgia me parecía una palabra muy interesante. Ahora el dolor se extendía a la parte delantera del muslo, como si lo tuviera atado con una cuerda demasiado apretada. El único efecto del corticoide fue el insomnio.

Tres años antes me habían hecho una histerectomía. Tenía fibromas múltiples que me provocaban grandes hemorragias. Estaba muy anémica. En el estudio anatomo-pa-

tológico apareció un carcinoma de endometrio, una lesión pequeña que se consideró poco importante. No consulté a un oncólogo ni me indicaron ningún tratamiento. En cambio, volvieron a operarme para sacarme los ovarios. Ahora, por primera vez, tuve la vaga idea de que mi médico clínico empezaba a sospechar una relación entre aquella historia y esta.

El dolor aumentaba. Ahora tomaba anti inflamatorios y analgésicos de forma permanente. Empezó a doler también en movimiento. Por consejo de amigos, decidí intentarlo con yoga. Al volver de mi primera clase llegué hasta la esquina de mi casa y me di cuenta de que no podía cruzar la calle. Fue muy extraño estar allí parada mirando pasar los autos sin ánimo para dar un paso más. En el muslo algo parecía crujir con un dolor nuevo. Apreté los dientes, me puse en movimiento y crucé de todos modos. Cuando entré en mi departamento, me eché a llorar y decidí no volver a la calle a menos que fuera para ir al médico. Quitarme de encima esa obligación me animó mucho, casi diría que me alegró, y me puse a hacer planes para pasar una buena temporada sin salir de casa. Podía solucionar todo con el teléfono y el email. Todavía no existía el whatsapp. Descubrí que estaba mejor con la cadera apoyada sobre algo duro. Al principio usé un libro grande de tapas duras para dormir sobre él. Era un libro que les gustaba mucho a mis hijas de chiquitas, se llamaba *People* y se rompió poco a poco. No recuerdo en qué momento me bajé de la cama y empecé a dormir en el piso, sobre el parquet. Hacía las compras por teléfono, acostada en el suelo de mi dormitorio.

Antes de la siguiente consulta, decidí dejar de tomar analgésicos por veinticuatro horas para que el médico pudiera comprobar cuál era la situación real. Fue una mala

idea. El dolor subió a cotas intolerables y las rebasó. Llegué al consultorio jadeando de angustia. Mi marido estaba muy asustado. Yo ya no tenía miedo, sentía tanto dolor que ninguna otra cosa me importaba. Cuando estás metida adentro, el dolor es todo, te rodea, te incluye, es como una gran bola roja de la que quisieras escapar y no hay salida. Es el infierno. Todo lo demás da lo mismo. Por primera vez me recetaron opiáceos. El primer escalón, con Tramadol, no hizo efecto. Un medicamento con codeína tuvo mejor resultado. Mi clínico pidió una tomografía.

Dos días después el médico miró las fotos de la tomo. Me tiene cariño y le costaba empezar a hablar. Le dije que ya había leído el informe. Era malo y no me importaba. Solo quería que me quitaran el dolor, que se había vuelto apenas más tolerable con la codeína. El informe, con mucha discreción, no mencionaba la palabra «tumor». En cambio hablaba de un «proceso» que podría corresponder a un «conglomerado adenopático». El «conglomerado» había avanzado en la pelvis profunda, en la zona del músculo psoas (otro nombre interesante para mi colección). El hueso ilíaco estaba comprometido. Había signos evidentes de trombosis. No sé si me explico, era la muletilla del médico mientras me detallaba lo que se veía en el estudio. No sé si me explico, repitió muchas veces. Se explicaba. Después me preguntó si tenía la pierna hinchada. Me dolía tanto que ni siquiera me había fijado. En su desesperación por ayudarme, tampoco mi marido se había dado cuenta. La pierna se había hinchado como un globo. El tumor presionaba la vena ilíaca, por eso se había producido la trombosis. Era urgente la internación para anticoagularme y evitar una embolia. Me fui a casa para armar mi bolso y de ahí

directo al sanatorio. Con urgencia. Como en cualquiera de mis partos.

No llevé ningún registro de este proceso mientras sucedía. Todo lo que escribí hasta ahora es, por lo tanto, puro recuerdo y está sometido a todas las dudas y confusiones de la memoria. Salvo el informe de la tomografía, al que acabo de sacarle una fotocopia. Durante la internación me hicieron una biopsia. Me pidieron que me acostara boca abajo y entraron por detrás. Controlaban el procedimiento con el tomógrafo.

Metástasis.

El informe del patólogo tardó unos días y dejó dudas. Entretanto, conocí a mi oncólogo. Con su acuerdo, decidimos enviar las muestras a un centro especializado en Estados Unidos para que confirmaran el diagnóstico. No fue una buena idea. Allí se tomaron su tiempo. Mucho tiempo. No sé cuándo me hubiera llegado la respuesta por los canales oficiales. Conseguimos el resultado después de un mes gracias a un conocido que trabajaba en el lugar. Durante todo ese mes no tuve nada que hacer excepto organizar mi vida a ras del suelo. De costado, sobre el piso de madera, estaba mucho más cómoda que en cualquier otra posición. Podía sentarme de a ratos para escribir en la computadora. Mientras esperaba (la enfermedad es una larga espera) comencé a escribir un texto al que llamé «Un canto a la vida». Mi tema resultó ser, sobre todo, la magia. La necesidad de magia. Dejé para más adelante otras cuestiones. Entretanto, la ironía me rescataba del patetismo. Este es el texto que escribí y, casi sin tocarlo, lo reproduzco en bastardilla: